

Juan Martín.—Traerme esta carta.

Olalla.—¿De quién es?

Juan Martín.—De una mujer.

Olalla (*inquieta*).—¿Una mujer, aquí, y escribiendo cartas? (*Breve pausa.*) ¿La conozco yo?

Juan Martín.—No. Es francesa.

Olalla.—¿Esa que un día nombró Vicente Sardina, recordando los primeros tiempos de la partida?

Juan Martín.—La misma.

Olalla.—¿Y qué hace la madama por estos andurriales?

Juan Martín.—Eso es lo que pronto voy a saber. El Abanto ha ido a traerla.

(*Un breve silencio.*)

Olalla.—Dime, Juan Martín: ¿qué hubo entre esa mujer y tú?

Juan Martín (*sonriendo*).—¿Celosa de lo que fui?

Olalla.—No. Inquieta por lo que eres. Temerosa de perder ese Empecinado que acaba de decirme que soy su mujer. (*Nuevo silencio. Con ansiedad.*) Dime, Juan Martín: ¿qué hubo entre esa mujer y tú?

Juan Martín (*después de pensar unos instantes*).—Por parte de ella, no sé; tal vez sólo un capricho. Y por la mía... Por la mía, algo más hondo: el arrebató del hombre del campo que en una mujer bonita descubre toda la finura y toda la anchura del mundo.

Olalla.—Cuéntame, Juan Martín.

Juan Martín.—Fue hace tres años, pocos meses después de haberme echado al monte. Mi partida operaba en el camino real de Madrid a Burgos, por tierras de Lerma. Aunque había hecho la campaña del Rosellón, con el general Ricardos, yo era entonces... un campesino con más arrestos que letras, metido a guerrillero. Allá por el otoño, en Carabias, apresamos un coche que iba camino de Burgos, y en él viajaba esta francesa. Es parienta del mariscal Moncey (*Juan Martín pronunciará «Monsé»*) y mujer de un musí Duval (*Juan Martín pronunciará «Dival»*) que por entonces se dedicaba a no sé qué negocios de compraventa. La llevé a Castrillo, la alojé en mi casa, la cortejé, y ella..., ella le enseñó al guerrillero de Castrillo toda la finura y toda la anchura del mundo. (*Breve pausa.*) Con la cárcel pagué la aventura. Mis paisanos me denunciaron, y si no logro escaparme de la prisión de Burgo de Osma, no sé si a estas horas aún estaría allí. Así se acabó todo. Yo volví a la partida, ella se fue con los suyos, y para mí se la tragó la tierra.

Olalla.—Y ahora... ¿va a seguir enseñándote la finura y la anchura del mundo?

Juan Martín (*riendo*).—Ahora, Olalla, ya las conozco. Y no soy aquel labrador de Castrillo, sino un general que manda cuatro mil hombres. Y sobre todo te tengo a ti, que eres la reina de España y del mundo, y la mujer del Empecinado... (*Golpe de aldaba en la puerta de la calle.*) Debe de ser el Abanto, que vuelve. Por favor, Olalla, déjame que despache a solas este asunto.

Olalla.—No soy la reina de España y no sé si soy mujer del Empecinado, pero tú has tenido confianza en mí. Gracias, Juan Martín. (*Sale.*)

Escena V

Juan Martín, Mme. Duval y El Abanto

(Juan Martín abre la puerta. Entran Mme. Duval, hermosa y elegante mujer, y el Abanto. Mme Duval vestirá ropa de viaje y hablará el castellano con leve y gracioso acento francés. Juan Martín la saluda con una cortés reverencia.)

Abanto.—Aquí está la señora. El posadero me ha dicho que tiene cama para ella.

Juan Martín.—Bien, Abanto. La señora irá luego. Cuida de los criados y lleva los caballos a la cuadra.

Abanto.—Ahora mismo.

(Sale el Abanto.)

Escena VI

Juan Martín y Mme. Duval

(Al quedarse solos Juan Martín y Mme. Duval, quedan mirándose uno a otro, en silencio. Poco a poco, su rostro se va animando. Por fin ambos rompen a reír.)

Mme. Duval.—¿Me recuerdas?

Juan Martín.—¿Podría no hacerlo?

Mme. Duval.—¿Cómo me llamo?

Juan Martín *(silabeando)*.—Madame...

Mme. Duval.—Muy bien.

Juan Martín.—Antoinette...

Mme. Duval.—Excelente.

Juan Martín.—Dival.

Mme. Duval.—¡Bravo! Sigues siendo el mismo, Juan Martín. Tus labios de castellano cabal siguen sin aceptar la media tinta de nuestra *u*.

Juan Martín.—Nosotros, ya sabes; que no nos saquen de nuestras cinco letras: a, e, i, o, u. *(Ríen de nuevo.)* En cambio, tú hablas ya mi lengua como una duquesa de Madrid.

Mme. Duval.—Tres años ya entre vosotros. Poco tiempo para esta tierra, si tuviésemos paz; demasiado tiempo, con esta espantosa guerra.

Juan Martín *(con súbita gravedad)*.—Sí; demasiado larga y demasiado espantosa. *(Un breve silencio.)* ¿Y a qué debe la partida del Empecinado el honor de tu presencia?

Mme. Duval.—Iba de Zaragoza a Madrid, para reunirme con mi marido. Este sigue en España con su negocio. El cochero no sabía que los españoles hubiesen... conquistado... ¿se dice conquistado? *(gesto de sonriente asentimiento en Juan Martín)* este pueblo. Gran suerte para mí, que su conquistador haya sido Juan Martín el Empecinado.

Juan Martín *(riendo)*.—No siendo mi paisano el cura Merino, cualquier español sería cortés con una mujer tan bonita como Madame Dival.

Mme. Duval *(riendo también)*.—¿Siempre Madame... Dival? ¿Nunca Antoinette?

Juan Martín *(como recordando)*.—Antoinette...

Mme. Duval.—La que enseñó a Juan Martín a ser un poquito *citoyen du monde*, ciudadano del mundo...

Juan Martín.—Mucho te debo, Antoinette. ¿Sabes lo que para mí fue el descubrir que mi enemigo, además de ser una mujer tan linda como tú, una mujer que olía tan bien y me regalaba sus caricias, podía enseñarme a entender mejor la guerra que yo estaba haciendo?

Mme. Duval (*con coquetería*).—Al llegar a Madrid, ¿tendrán que fusilarme los míos, por traidora?

Juan Martín (*jovialmente*).—Madame Dival, la maestra del Empecinado. (*Breve pausa.*) No es un cumplido, Antoinette: desde que te oí hablar de lo que para un pueblo debe ser la libertad, esta guerra empezó a ser para mí otra cosa. Odio a vuestro Napoleón, y cien vidas que tuviese, cien vidas daría para echar de esta tierra a su tropa; odio a los españoles afrancesados, y sueño con la vuelta de nuestro Fernando a su trono de Madrid; pero además de luchar contra la gente de Napoleón y por la vuelta de Fernando, yo lucho para que España sea distinta de lo que ha sido. Mucho te debo a ti para desear tanto como deseo esa Constitución que están haciendo en Cádiz.

Mme. Duval (*sonriendo*).—Y ahora el buen discípulo me paga mis lecciones haciéndome prisionera en este horrible pueblo.

Juan Martín (*galante*).—Donde yo esté a tu lado, el prisionero seré yo. Dime lo que puedo hacer por ti.

Mme. Duval (*después de pensar un momento*).—Dos cosas.

Juan Martín.—Venga la primera.

Mme. Duval.—Darne un salvoconducto para que nadie de los vuestros me moleste hasta Madrid.

Juan Martín.—La primera, hecha. Vicente Sardina te lo extenderá y yo lo firmaré. ¿Cuál es la segunda?

Mme. Duval.—La segunda es más fácil. (*Breve pausa.*) (*Con cierta gravedad.*) Juan Martín, vais a ganar esta guerra. Más aún: entre vosotros, los rusos y los ingleses, vais a acabar con Napoleón. Después, ¿qué será de nosotros, los franceses? Esto te pido: que cuando entres en Madrid, y seas *maréchal* de vuestro rey Fernando, y te aclamen los que, además de ser enemigos de Napoleón, son también enemigos de las luces de mi país, entonces recuerda que una mujer francesa te enseñó lo que hoy significa una linda palabra de vuestro idioma.

Juan Martín.—¿Cuál?

Mme. Duval.—La palabra «libertad».

Juan Martín (*lentamente, como adivinando el futuro*).—Ese recuerdo va a ser mi vida... o mi muerte. (*Un breve silencio. Bruscamente.*) Vamos a preparar tu salvoconducto y a ver si es de veras decente tu alojamiento para esta noche. No me fío mucho del Abanto, como aposentador.

(*Van a salir, y de nuevo quedan mirándose uno a otro.*)

Mme. Duval (*con irónica ingenuidad*).—Mi querido aprendiz de ciudadano del mundo...

Juan Martín.—Mi dulce enemiga... (*Acercándose a ella.*) Me has pedido dos cosas. Otra más voy a prometerte yo.

Mme. Duval.—¿Cuál?

Juan Martín.—Que, para mí, esa lección que ahora me has recordado siempre tendrá un nombre.

Mme. Duval.—¿Qué nombre?

Juan Martín.—Este: (*silabeando*) An-toi-nette.

Mme. Duval.—¿Antoinette... Duval?

Juan Martín.—No; sólo Antoinette.

Mme. Duval.—Entiendo. Sólo Antoinette. Un nombre sin *u*. Un nombre francés a la medida de tus labios de castellano.

Juan Martín.—Sí.

(*Un breve silencio. Ambos siguen mirándose con expresión apicarada y comienzan a reír suavemente.*)

Mme. Duval (*silabeando*).—Juan Mar-tín...

Juan Martín.—An-toi-nette...

(*Toma Juan Martín la mano de ella, y salen ambos, sin cesar de reír.*)

Escena VII

Olalla

(*Queda sola la escena. Al cabo de unos segundos, se abre la puerta lateral, y Olalla asoma su cabeza. Entra, olfatea con ansiedad en el aire de la habitación el perfume de Mme. Duval, se acerca a la mesa, toma de ella la hoja que trabajó el Abanto, la mira, vuelve a dejarla y se sienta en uno de los bancos. En su actitud y su expresión, como antes en sus movimientos, se mezclarán visiblemente la inquietud y la dignidad. Poco a poco va extinguiéndose la luz de la escena, hasta la total oscuridad.*)

Escena VIII

Olalla y Juan Martín

(*Vuelve la luz. Olalla sigue donde estaba y en la misma actitud. A los pocos segundos, se abre la puerta de la calle y entra Juan Martín.*)

Olalla.—¿Qué quería la francesa?

Juan Martín.—No mucho. Un salvoconducto y alojamiento hasta mañana.

Olalla.—¿Nada más? (*Calla Juan Martín. Un breve silencio.*) ¿Nada más? (*Nuevo silencio.*) Ven aquí, Juan Martín. (*Este se acerca.*) Siéntate junto a mí. (*Juan Martín, como un niño, lo hace.*) ¿Qué has encontrado en mí? Tu gusto, mi silencio, mi rabia... ¿Qué soy yo para ti? La mujer que en la guerra te hace conocer la paz; la paz de esta guerra nuestra. ¿Recuerdas lo que hace un rato me llamaste?

Juan Martín (*subyugado por el extraño hechizo de Olalla*).—Sí: la paz que nunca tendré; la paz imposible.